¡Juan Miguel!

¡JUAN MIGUEL!

¡JUAN MIGUEL!

ZARZUELA DRAMÁTICA

en un acto y tres cuadros, en prosa y verso

ORIGINAL DE

VENTURA DE LA VEGA II

MÚSICA DE

JOSÉ PADILLA

Estrenada en el TEATRO BARBIERI el 1.º de Octubre de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1909

A mi hijo Ventura

La primer obra que he escrito después de tú nacer, es ésta. Cada hijo tiene dedicada una, y es justo, que cuando seas un hombre, veas que no se olvidó de tí

Tu padre.

15-Mayo-1909.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ISABEL	SRTA.	COMERMA.
MARTA		PARÍS.
CASIANA		IRURZUN.
BERTA		LAROY.
JUAN MIGUEL	SR.	HERNÁNDEZ.
ESTEBAN		GOTÓS.
JOSÉ		ASENSIO.
FERMÍN		MUÑOZ.
NICOLÁS		ORTIZ.
UN MONTAÑÉS		BARRETO.

Húngaros, húngaras, chicos, un oso, gente del pueblo y coro general

La acción en un pueblecito de la montaña de Santander.--Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

Los húngaros visten del día, como los vagabundos mendicantes. El húngaro que baila con Berta, será una señora del coro vestida con traje de hombre, como es natural.

ACTO UNICO

Paisaje pintoresco. Como fondo, altas montañas, cuyos nevados picos casi se pierden en el horizonte. Abajo, hermoso valle lleno de verdor y de luz. Un riachuelo serpentea por el valle. Algunas casas y chozas salpican el paisaje. Arrancando del último término derecha, hasta el centro de la escena, una rampa practicable, cuya altura, pegada al bastidor, no bajará de metro y medio. En primer término derecha, la fachada de una iglesia de pueblo, de pared lisa, sin estilos góticos y sin que se vea el campanario. Empieza á clarear y tras los picos de las montañas se ve la blanquecina luz, precursora de un hermoso y claro día. A la izquierda, bastidores de selva. Es el otoño.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparece la escena sola. Suena la campana de la iglesia, cuando se indica en la música. Canta el CORO dentro y luego un MONTAÑÉS

Música

CORO (Dentro.)

Pronto va á salir el sol
y ya suena la campana
que la toca el monaguillo
para la misa de alba.

(Salen por distintos lados mujeres y hombres vestidos, del día, de montañeses y entran en la iglesia.)

MONT. (Dentro.) De la nieve,
de la nieve que á mi aldea
en las montañas adorna,
quise tejerle á mi madre
pa su frente una corona.
¡Madre, madre mía!
El tiempo puso en tu frente
la corona blanquecina.
Tus cabellos negros
ya se han vuelto blancos:
son los que yo beso
al venir del campo.
¡Madre, madre mía!
El tiempo puso en tufrente
la corona blanquecina.
¡Madre de mi alma!
¡Madre de mi vida!
Cuando beso la tu frente
á naide tengo envidia.

ESCENA II

Por la izquierda, último término, salen FERMÍN y CASIANA, viejecitos de ochenta y cinco y setenta y cinco años respectivamente, visten traje del pueblo, de día de fiesta. Llegan con toda la precipitación que les permite su edad, hasta frente á la iglesia y se detienen. Ya ha amanecido del todo y hay plena luz

Hablado

FER. ¿Lo ves? Ya se debe haber terminado la misa. ¿No te dije yo que llegaríamos tarde? ¡Eres tan pesada!...

CAS. Más pesado eres tú, que no hay quien te mueva.

FER. A la edad que tengo, demasiado hago. Otros hay que no hacen lo que yo. Tengo ese consuelo.

CAS. Sí: consuelo... de tontos.

FER De tontos será, pero consuelo al fin. En cambio tú, ni aun de tontos eres consuelo, porque más tonto que yo no hallarás otro y

menos consuelo que el que tú me das, tampoco.

CAS. No me insultes, Fermín, que vas á dar lugar á que te arañe. Viejo inútil. Siempre has de ir en contra mía.

FER. ¡Embustera!

CAS. Si por llevar la contraria, hasta en tu apellido la llevas. Un hombre tan raro y tan soso... y llamarse Fermín Resalado.

FER. Ahí verás tú Yo no seré resalado, pero me llamo así. En cambio tú no puedes decir á nadie cómo te llamas, porque no te llamas del todo, sino á medias. ¡Casiana! Casi... Ana, ó lo que es igual: que no te llamas Ana, sino Casi.

CAS. Pero mi apellido es más bonito que el tuyo, porque es vascongado y suena muy bien.

FER. (Con sorna.) Sí: suena muy bien y es muy fácil de decir. (Destacando las sílabas.) «Chápeli... *día*... goico... *rrea* » Quítale el Chápeli, déjale el *día*; quita el goico, déjale el *rrea*... queda una cosa... bastante fea. (Riñen como si fueran dos criaturas.)

CAS. (Llorando.) No pensaba yo que llegara el día en que hicieras burla del apellido de mis padres.

FER. Antes la hiciste tú del de los míos.

CAS. ¡Mal educado!

FER. ¡Descarada!

CAS. ¡Groserote!

ESCENA III

DICHOS, MARTA y JOSÉ, que son dos muchachos de dieciséis y veintidós años respectivamente. Pertenecen á la clase media acomodada y visten con cierta elegancia. Salen corriendo por la izquierda

MAR. (Perseguida por José pasa por entre Fermín y Casiana, defendiéndose con ellos, que se tambalean á los empujones que les dan.) ¡Estate quieto!

JOSÉ ¡Ay, que te pillo!

MAR. ¡Eso quisieras!

JOSÉ ¡Uy, se me escapó!

FER. Pero, chica... (Refunfuñando.)
CAS. Pero, chico... (Idem.)
FER. Que me dejas caer.
MAR. ¡Ay! (José coge á Marta y la abraza.)
JOSÉ ¿Lo ves? (1) Ya te cogí. Toma. (La abraza.) Ya estamos en paz.
MAR. ¡Qué tonto eres! (Pausa. Marta y José quedan abrazados. Marta, ruborizada, baja la cabeza, pero no se suelta. Fermín y Casiana los miran envidiosos)
CAS. ¿Por qué no os abrazáis?
FER. Eso es ponerle á uno los dientes largos. (Se sueltan.)
CAS. Serán las encías, porque lo que es los dientes...
FER. ¿Empezamos otra vez?
CAS. Qué gusto me da el veros.
JOSÉ Pues todo el camino venimos así.
MAR. Porque José es muy descarado.
JOSÉ Porque eres mi mujercita hace cuatro meses y como ya... ya...
FER. ¡Ya! (Con malicia.)
MAR. Calla, no lo digas. (Ruborosa.)
CAS. Me lo figuro. Ni aun para eso serviste tú. (A Fermín.)
JOSÉ Pues yo...
FER. Cuando lleves cincuenta años de matrimonio, no dirás lo mismo.
CAS. Serán todos como tú.
JOSÉ Dame otro abrazo.
MAR. No quiero. Esas demostraciones de cariño no están bien en el campo.
CAS. ¿Por qué no?
JOSÉ El verde anima.
FER. Y abre el apetito.
JOSÉ Y yo, que soy de tan buen comer...
MAR. Me gustan más en casa.
JOSÉ Porque no nos ve nadie.
FER Y son más completos.
MAR. ¡Uf! ¿Pues no estoy sudando? (Viva la escena.)
JOSÉ Si hemos venido corriendo.
MAR. Nos hemos levantado tan tarde...
JOSÉ Como estamos recién casaos...

---

(1) Fermín Marta—José Casiana

MAR. A las seis salimos de casa.
JOSÉ Más hermosa que nunca.
MAR. Tan tonto como siempre.
JOSÉ Llegamos hasta el puente corriendo...
MAR. Y antes de subir la cuesta...
JOSÉ Como está tan pendiente...
MAR. Nos sentamos...
JOSÉ Sobre el pretil.
MAR. ¡Es mucha cuesta!
JOSÉ ¡Mucha!
MAR. ¡Y veníamos cansados!...
JOSÉ Mucho.
MAR. Y de broma y de charla, llegamos al cuarto.
JOSÉ Y seguí bromeando.
MAR. Me dió un pellizco.
CAS. ¡Ay! (Suspirando, pero rápido y bajito.)
JOSÉ ¡Eso no es malo!
MAR. Llegamos á la media...
JOSÉ Y anda pa arriba, me dijo ésta...
MAR. Y salimos corriendo...
MAR. / JOSÉ (Abrazándose.) Y ya estamos aquí. (Pausa.)
FER. Sí. Aquí estamos todos y todos hemos llegado tarde á misa de alba.
JOSÉ Ya nos perdonará el señor cura. Y apropósito de perdones, ¿saben ustedes lo que le ha pasado á la Coja?
FER. ¿A la Coja? (Con curiosidad.)
CAS. ¿A la Coja? (Idem.)
FER. ¡No!
MAR. ¡Calla!
JOSÉ No quiero.
MAR. ¡Pobre chica! No lo digas.
JOSÉ Si al fin se ha de saber. Pues ha tenido...
FER. ¿Qué ha tenido?
JOSÉ Pues ha tenido... ha tenido un niño. (Dándole mucha importancia y misterio.)
FER. ¿Qué?
CAS. ¿Cómo? (Asombrada.)
JOSÉ Toma, como se tiene eso. Ya ve usted, anoche y... ¡siendo soltera!
CAS. ¡Jesús, María! (Santiguándose.)
MAR. ¿Y cómo puede ser eso siendo soltera, señor Fermín?

FER. Cosa rara me parece, por más que á una sobrina mía le ocurrió un caso parecido, pero no era soltera. Esa dió á luz á los tres años de viuda.

MAR. ¡Anda!

CAS. Esas cosas no se deben decir delante de las criaturas.

FER. ¡Pero si ya están casaos!

CAS. Aunque así sea. ¡Bah! No tienes educación.

FER. ¡Casiana, Casiana! No empecemos otra vez porque soy capaz de...

CAS. ¿De qué?

FER. ¿De qué? De... (Levantando la mano.)

CAS. ¿Qué es eso? (Afligida.) ¿Levantarme la mano á mí? Eso harás tú, pegarle á una mujer.

FER. ¡Casiana!

MAR. ¡Señor Fermín!

JOSÉ (Echándolo á broma.) Si era una mosca y la iba á espantar, ¿verdad, abuelo?

CAS. (Lloriqueando y muy viva la escena.) ¡No, no era eso!

MAR. ¡Vaya, vaya! No quiero que riñan ustedes y mucho menos ante la felicidad que reina entre mi marido y yo. (Se abrazan.)

CAS. (Muy afligida.) El levantó la mano...

MAR. El levantó la mano para coger la cabeza de usted y darle un beso en la frente envidioso de las caricias que nosotros nos hacemos. ¿No es eso?

CAS. (Llorando como una niña pero sin chocarrerías ni exageraciones.) ¡Sí, para darme un beso! Un beso y hace ya más de treinta años que... no... los pruebo. ¡Enseguida!

FER. (Lloroso.) Yo no te los doy... porque tú no me quieres.

CAS. El que no me quiere á mí eres tú.

FER. ¡Tú!

CAS. ¡Tú!

LOS DOS ¡Tú, tú!

JOSÉ ¡Tururú! ¡No se han de querer ustedes! ¡Mucho más que nosotros!

MAR. No; eso sí que no.

JOSÉ Mucho más que nosotros porque llevan más tiempo queriéndose. Porque no han tenido

ustedes hijos y el cariño que pudieran haberles dado á esos pedazos del alma, se lo han repartido ustedes á partes iguales. Porque nacieron ustedes el uno para el otro y porque ha de llegar un día en que Dios disponga de la existencia de ambos, y el que sobreviva ha de cerrar aquellos ojos moribundos que tantas veces se clavaron en los suyos con infinito amor. (Casiana y Fermín van, oyendo á José, entristeciéndose progresivamente, y al terminar José el parlamento rompen en un «artístico» llanto, y digo artístico porque merece estudio especial para «que no se ría el público», cosa muy fácil tratándose de personajes cómicos, y mucho más si se incurre en exageraciones. Compañero: no hay que molestarse, la observación es hija de mi larga práctica. Marta y José se enternecen también.)

LOS DOS Sí, eso sí.

FER. Yo primero. Mi vieja, no; eso, no. ¡Yo no podría verla morir.

CAS. (Llorando.) Fermín de mi vida, ¿me perdonas?

FER. ¡Tú á mí!

CAS. ¡Tú á mí!

MAR. } JOSÉ } ¡Los dos! (Los junta y se abrazan.) ¡Así! (1)

FER. ¡Vieja de mi alma!

CAS. ¡Viejo de mi vida! (Se abrazan y se besan con permiso de la familia.)

JOSÉ ¡Marta!

MAR. ¡Pepe! (También se abrazan, pero no se besan, ¿eh? ¡Eso quisieras, Pepe! Quedan abrazados los dos matrimonios, se hace una pausa muy corta é inmediatamente se oye en la iglesia la campanilla que toca al alzar el Señor. Los dos matrimonios se arrodillan y los hombres se descubren, como es natural. Otra pequeña pausa.)

JOSÉ Allí alzando al Señor, y aquí unidos por el amor y la alegría.

MAR. ¡Mayor felicidad no cabe! (Cesa la campanilla.)

JOSÉ Sí; cuando seamos padres. (Se levantan José y

---

(1) Marta—Pepe Fermín—Casiana

Marta. Fermín y Casiana también quieren hacerlo, pero no pueden.)

CAS Marta, ayúdame.

FER. Ayúdame, Pepe. (1)

JOSÉ Con alma y vida. (Pepe y Marta ayudan á levantar á los viejos.)

FER. Cógete de mi brazo. ¿Estás contenta?

CAS. Como hace treinta años. (2)

FER. Un poco menos... porque...

CAS Fermín, ¿me quieres?

FER. Mucho. (Vuelve á oirse la campanilla en la iglesia, vuelven los hombres á descubrirse, pero no se arrodillan. Fermín da el brazo izquierdo á Casiana y dicen los cuatro versos que siguen, andando hacia la iglesia, y con la última palabra hacen mutis y al mutis cesa la campanilla. José rodea con el brazo izquierdo la cintura de Marta y ésta, á su vez, echa el brazo derecho sobre el cuello de José. Estos siguen tras ellos y también con la última palabra mutis iglesia.)

CAS. Cuando el Señor me dé santo reposo,
¿me cerrarás los ojos cariñoso?

FER. Hacerlo no podría,
porque al morirte tú me moriría.

JOSÉ El amor y ante Dios es muy hermoso.
(Mutis iglesia.)

ESCENA IV

ISABEL por la izquierda. Es una muchacha del pueblo que viste con modestia. Detrás ESTEBAN, joven húngaro, tostado por el sol y vestido como los vagabundos del día, ¿eh?

Música

ISABEL (Temerosa.)
Ese hombre me persigue,
me da miedo, me da miedo.
Resistir á sus miradas
yo no puedo.
¡Ya se acerca!
¡Ya está ahí!

---

(1) Pepe—Fermín—Casiana—Marta
(2) Fermín—Casiana—José—Marta

EST. (Saliendo.)
Escucharme un solo instante,
¿permitís?
ISABEL (¡Pobre de mí!)
EST. ¿Permitís?
Mísero vagabundo,
errante voy corriendo,
buscando en todas partes
alivio á mis tormentos.
La suerte hoy me sonríe,
pues creo que he encontrado
en esos ojos negros
la dicha que he soñado.
En el jardín del amor
tan solo abrojos hallé,
y hoy que al azar una flor
en mi camino encontré,
quiero su cáliz libar,
quiero su tallo ceñir
y su perfume aspirar
y entre sus hojas morir.
Tú eres la cándida flor
que encontré en el jardín
de mi amor.
ISABEL (Nunca me habló de amores
ninguno así en el pueblo,
pues todos me desprecian
con injurioso acento.
La suerte hoy me sonríe,
pues creo que he encontrado
en sus palabras dulces
la dicha que he soñado.)
EST En el jardín del amor
tan sólo abrojos hallé.
Al alcanzar tu favor
feliz contigo seré.
ISABEL (No sé qué he de contestar
ni sé qué deba decir.)
EST. Quiero tus labios besar.
Quiero tu talle ceñir.
ISABEL Me estoy sintiendo morir.
Siento en mi rostro el calor
que produce la llama de amor.
¡De amor!

EST. Quiero en tus brazos morir.
Tú eres la cándida flor
que encontré en el jardín del amor.
¡Del amor!

Hablado

ISABEL (¡La ilusión de una esperanza
trastornó el cerebro mío!)
EST. Corriendo voy por el mundo
como pájaro perdido,
sin hallar nadie que hiciera
dar impulso á mi cariño
y en mi corazón se oculta
temeroso de ser visto.
Hoy que la suerte me pone
ante tus ojos divinos,
hoy siente mi corazón
lo que jamás ha sentido
y ante tu imagen me postro
para pedirte sumiso
perdón, si mi atrevimiento
pudiera haberte ofendido.
Es tan humilde mi cuna
como grande es mi cariño.
Si tú eres de estirpe noble
no he de igualarme contigo,
por más que amor y nobleza
bien pueden estar unidos.
Si eres pobre, como yo,
puedo ofrecerte solícito
dos ojos que se recreen
en tu belleza y hechizos,
un corazón para amarte
lleno de fuego y de brío,
y un brazo que te defienda,
tan potente y tan fornido,
que hace crugir el acero
con el golpe del martillo
y capaz de destrozar
al que intentara atrevido
venir á robarme un día
la ilusión de tu cariño.

ISABEL Es tan humilde mi cuna
cual grande el tormento mío.
Soy... huérfana y despreciada
por los que en un tiempo, amigos
fueron todos de mi padre
y aun por mis parientes mismos.
Es triste correr el mundo
como pájaro perdido,
pero es aun más desgraciado
aquel pobre pajarillo
á quien su padre dejó
abandonado en el nido.
No debo decirle á nadie
las torpezas de los míos,
que dar honra á nuestros padres
es el deber de los hijos.
En mi pecho sentí al veros
lo que yo nunca he sentido:
mas no ha de corresponder
al suyo el corazón mío,
que es tan grande mi desgracia
y tan negro mi destino,
que es muy fácil que al saber
que al vivir muriendo vivo,
en vez de amor se trocara
en desprecio su cariño.

EST. Sólo una esperanza.

ISABEL Nunca.
Siga el rumbo el pajarillo
y deje aquí á la paloma
llorando su triste sino.

EST. ¿Me desprecias?

ISABEL No es desprecio:
es... que habría que deciros
algo, que deshonraría
la memoria de los míos.
El cuarto, honrar padre y madre.
Cumplo con la ley de Cristo.

EST. ¡Por Dios!

ISABEL ¡Imposible!

J. MIG. (Dentro.) ¡Esteban!

EST ¡Mi padre viene!

ISABEL ¡Dios mío!

(Mutis iglesia.)

ESCENA V.

ESTEBAN, NICOLAS y JUAN MIGUEL, tercera izquierda

Nicolás es un hombre socarrón del pueblo. Siempre que habla con Juan Miguel lo hace con recelo por la desconfianza que éste le inspira. Es hombre de unos cuarenta años. No usa ni barba ni bigote. Juan Miguel es hombre curtido por la inclemencia de los tiempos y de los hombres. Habla sin tonillos, pero con serenidad y aplomo, y únicamente se altera cuando de su honra se trata. Viste como Esteban y saca un látigo de palo corto, pero rústico. En la cara, barba y bigote ó bigote solo, á gusto del artista. No ha de representar más de cuarenta ó cincuenta años

J. MIG. ¡Hijo! (Cariñoso.)
EST (Con respeto.) ¡Padre!
J. MIG. ¿Qué ocurrió,
que esa muchacha, asustada
se marchó? ¿Qué hiciste?
EST. ¡Nada!
NIC. ¡Que sin duda se asustó!
Como no hay costumbre aquí
de ver tan extraños trajes...
J. MIG. ¡Piensan... que somos salvajes!
¿No estoy en lo cierto?
NIC. (Con mucha naturalidad.) ¡Sí!
(Esteban y Juan Miguel se quedan mirando á Nicolás que, al comprender su torpeza é incorrección, rectifica.)
Perdón: no quise ofender.
A nosotros nos extraña
ver en un rincón de España
á ustedes y, á mi entender,
como usté ha sido el primero
que á la comarca ha venido...
(Nicolás mira con fijeza á Juan Miguel; éste lo advierte y se hace el distraído hablando con Esteban. Pausa.)
¿Usted ya habrá... recorrido...
mucha tierra?...
J. MIG. (Con mucha calma.) El mundo entero.
NIC. ¡Linda vida!
J. MIG. No señor,
que el mundo recorro en vano.

(Acabándose de convencer.)
(Este infame... es el hermano
de la que manchó mi honor.)

EST. Si permiso me da usté
voy con los míos.

J. MIG. Dirás
que se vengan los demás
contigo aquí.

EST. Así lo haré.
(Mutis izquierda.)

ESCENA VI

JUAN MIGUEL y NICOLAS

NIC. (Fijándose mucho en Esteban y luego en Juan Miguel, dice con ironía.)
Es muy guapo.

J. MIG. (Tomándole la guedeja ó séase el pelo.)
¡Usted lo alaba!

NIC. (Con ira reconcentrada y sin dejar de mirar á Juan Miguel.)
(Su cara mucho ha cambiado;
pero es él. No me he engañado.
Pues... voviendo á lo que hablaba,
¡cuánto envidio la fortuna
de los que corren el mundo.

J. MIG. La vida del vagabundo
no causa envidia ninguna.

NIC. (Siempre con mala idea.)
Pero á fuerza de correr...
¡se aprende mucho!

J. MIG. (Sin darle importancia.) Eso sí.
Corriendo mundo aprendí
á sufrir y á padecer.
Cual fúnebres caminantes
cruzamos valles y montes
tras de nuevos horizontes.
Tristes, hambrientos, errantes.
Nuestras casas, á los lomos
llevamos... los que podemos.
Somos... lo que parecemos,
sin parecer lo que somos.

Y cuando al anochecer
á alguna aldea llegamos,
y nuestra tienda instalamos
sin que empiece á amanecer,
ya comienza el trabajar
y ya comienza el sufrir.
La lucha por el vivir
no permite descansar.
Echando chispas la fragua
el hierro pronto enrojece
y el ir y venir parece
casi una danza macabra.
El crugir de las calderas
al golpear los martillos.
El chillar de los chiquillos
como gruñidos de fieras.
Lo extraño de nuestro traje.
La faz por el sol tostada
y nuestra inquieta mirada
y nuestro aspecto salvaje,
á todos infunde miedo,
y al acercarnos se alejan,
nos insultan, nos motejan
y señalan con el dedo
diciendo: ¿Será un ladrón?
¿Serán hombres? ¿Qué serán?
¿Por qué ese maldito afán
de tratar sin compasión
á los que el mundo corremos
y sin fruto trabajamos
y la *caridá* imploramos
y despreciados nos vemos?
¡Caridad mal entendida
que más que halagar rebaja,
porque el hombre que trabaja
tiene derecho á la vida.
Y hay que reir y cantar,
y hay que ser fuerte y fundir
las tristezas de reir
y el consuelo de llorar:
y aun así, nos ven las gentes
y á nuestro mirar se ocultan
y espantados nos insultan:
y si acaso sonrientes

nos dedican su atención,
nuestro canto les engríe,
sin ver que la boca ríe
lo que llora el corazón:
y si al descuido, un mendrugo
de pan, nuestros hijos miran
y lo piden, nos lo tiran
como al hijo del verdugo
gozándose con afán
ante nuestras amarguras
sin ver que las criaturas
están ávidas de pan.
Y hay que inclinar la cabeza
y el mendrugo recoger
y sufrir y agradecer
que nos hagan tal vileza.
Esta condenada suerte
tras nosotros va corriendo.
Nuestro sino, es ir viviendo
la agonía de la muerte.
No envidie suertes ajenas
y tenga presente, amigo,
que el que no ha sido mendigo,
no sabe lo que son penas.

NIC. (Despues de una pequeña pausa, mirando receloso á Juan Miguel.)
Ni tu astucia y tu pericia
te libra de mi asechanza.
Si no logro mi venganza,
te entregaré á la justicia.
(Con marcada intención y á fin de que Juan Miguel se declare quién es.)
Yo también... algo corrí...
en busca de un criminal...
que sembró en mi casa el mal
matando á mi hermana.

J. MIG. (Con gran serenidad.) ¿Sí? (Pausa.)
¿Y él... no tenía razón?

NIC. (Mirando despreciativamente á Juan Miguel.)
Fué su proceder insano.

J. MIG. (Con calma, pero algo más descompuesto.)
¿Y quién contiene la mano
si la impulsa el corazón?
Y si fué de honra la afrenta...

NIC. (Algo subido.)
La ley juzga al delincuente.

J. MIG. (Más fuerte.)
En honor, es más corriente
tomar la ley por su cuenta.

NIC. (Más.) Desde el humide hasta el rey
la ley acatar le toca.

J. MIG. (Más.) Cuando la ley se equivoca
se prescinde de la ley.

NIC. Ella, es verdad que faltó (Más.)
á su deber... y su esposo,
ó bien ciego... ó bien celoso...

J. MIG. El delito sorprendió. (Loco.)
Clara noche: limpio cielo.
Dos bocas que se besaban
y una niña que dejaban
abandonada en el suelo.
Una puerta, que entreabierta
deja ver lo que acontece.
Un hombre, que se enardece
al ver su deshonra cierta.
(Cada vez más loco.)
Un traidor, vil é infamante,
que, cobarde, se ocultaba.
Una mujer, que lloraba
en los brazos de su amante.
Un pecho seguro y fuerte.
Dos traidores que se humillan
y espantados se arrodillan,
y un hierro que les da muerte. (Transición.)
Y así vengo el deshonor
en los dos de igual manera.
Eso... lo haría cualquiera
que tuviera pundonor. (Pausa.)

NIC. Me extraña que su memoria
detalle así el incidente. (Con mucha idea.)

J. MIG. Es... un caso... tan corriente...
que... lo leí en una historia.

NIC. (Mira con ira á Juan Miguel y éste no le quita ojo, pero con nobleza. Empieza Nicolás á hablar y se mete la mano derecha en el bolsillo de pecho de la americana, sacando un puñal, á su debido tiempo, desenvainado ya, que precisamente el meter la mano, al empezar á hablar, es para darle lugar á que lo desenvaine.)

También el libro decía
que un hermano de la muerta,
con mano segura y cierta
á su hermana vengaría.
(Va á arrojarse sobre Juan Miguel con el puñal, pero éste, que como ya dige antes, no lo pierde de vista, sujeta con el brazo izquierdo el derecho de Nicolás, y con la mano derecha le quita el puñal y le dice como una fiera:)

J. MIG. ¡Criminal! Tu torpe mano
no ha sabido darme muerte.
(Transición. Con gran serenidad.)
Tambien en el libro, advierte,
la torpeza del hermano.
(Tira el puñal.)

NIC. (Ya como una fiera.)
Basta ya: te he conocido.
¡Me ganaste la ocasión!

J. MIG. Contra un vil y una traición
estoy siempre prevenido.

NIC. ¿A qué á este pueblo volver
para turbarme la calma?

J. MIG. Tengo aquí un trozo del alma
y lo quiero recoger.
Vengo por mi hija querida.

NIC. ¿Tu hija? ¡Jamás! Te lo juro.

J. MIG. Entonces... ten por seguro
que yo te arranco la vida.

NIC. La tuya pude arrancar
y no supe darte muerte.

J. MIG. (Muy satisfecho.)
Yo en cambio tuve la suerte
de poderte despreciar.

NIC. ¡Ella, desprecia á su padre!

J. MIG. Si es noble su corazón,
verá que yo obré en razón
dando la muerte á su madre:
y si lo que yo no espero
me desprecia con cinismo,
es que piensa ser lo mismo
que su madre y no la quiero.
(Se oye á lo lejos el ruido de los panderos de los húngaros.)
Mi gente viene hacia aquí.

Ve lo que haces, y en apuro
no me pongas.

NIC. (Yo te juro
que te has de acordar de mí.)
(Mutis tercera derecha.)

ESCENA VII

JUAN MIGUEL, CORO GENERAL y JOSÉ, MARTA, CASIANA y FERMÍN por la iglesia. Luego ISABEL, también por la iglesia. Por la izquierda último término, salen cuatro hombres, cuatro mujeres y cuatro chicos, todos húngaros. Un comparsa húngaro y un oso, que no hace falta que sea húngaro. BERTA, húngara, y ESTEBAN. Los hombres sacan panderos sin sonajas. Salen sin orden ni formación. El Húngaro (señora) que baila con Berta. Esta sacará al cuello un pañuelo grana de seda y el Húngaro un pandero chiquito

Música

CORO ¡Qué bien ha estado
el padre Anselmo!

ELLAS ¡Qué bien hablaba,
qué sencillez!

ELLOS ¡Con qué entereza
nos explicaba
el mal instinto
de la mujer!

HÚNG. (Dentro.)
La, la, la, la.

CORO ¡Los húngaros se acercan!

JOSÉ, CAS, MAR., FER. ¡Jesús qué miedo!

MAR. El oso me estremece:
mirarlo yo no puedo.

HÚNG. (Dentro, más cerca.)
La, la, la la.
(Saliendo.)
La, la, la, la.

J. MIG. Si quereis buena gente, escuchar
ahora mismo podemos cantar.

EST. Cantos de amor
y de ilusión perdida.

BERTA Danzas que son
remedos de la vida.

CORO Cantar, bailar.

J. MIG. Pues escuchar.

JOSÉ (A Marta.)
Ten mucho cuidado
con mirar al oso,
porque en ese estado
es muy peligroso,
y si en él te fijas,
tenlo por sabido
que la criatura
saca el parecido.

CAS. Pues yo por mi parte
deseo mirarlo.

JOSÉ Usté es más difícil
que esté en ese estado.

CORO Cantar, bailar.

J. MIG. Escuchar. Escuchar.

(Los húngaros se disponen á bailar y se colocan en la forma que indica el siguiente plano:

13 13. 1.2. 3.3.3.3.
13.13. 4 4 4 4
13.13.13.
14. 5 5 15.12. 5 5
6 7.8.9.
10.11

1, comparsa.—2, oso—3, los cuatro húngaros.—4, las cuatro húngaras.—5, los cuatro chicos.—6, Casiana.—7, Fermín.—8, Marta.—9, José.—10, Esteban.—11, Juan Miguel.—12, Berta.—13, Coro general.—14, Isabel á su salida.—15, El húngaro que baila con Berta.

Al comenzar la danza, «indican» el movimiento todos los húngaros, menos Esteban y Juan Miguel. Berta baila con el Húngaro, y ya digo que los demás indican solamente. José y los demás prestan gran atención. Los húngaros indican su baile y lo acompañan con los panderos. El oso se estará muy quietecito hasta el final del número, que es cuando bailan todos. Cuando el director lo crea oportuno, se quitará Berta el pañuelo grana del cuello y se adornará los movimientos con él.)

EST. Mísero vagabundo
mi sino es mendigar
corriendo por el mundo
al son de mi cantar.
El son de mis cantares
es tan alegre son,
que alivia los pesares
y alegra el corazón.

CORO
TODOS } Mísero vagabundo, etc. etc.

HÚNG. La, la, la, la.

EST Lejos de aquella
patria querida
cantando amores
triste viví,
y son mayores
los sufrimientos
y los tormentos
que encuentro aquí.

J. MIG. (Esa no es la canción.)

EST. (Lo que triste canté
lo inspiró una pasión.)

ISABEL (Saliendo.)
(¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Es él!)

EST. (Sin duda mi canción
la inspiró una pasión.)

J. MIG. (Sorprendido al ver á Isabel.)
(¿Qué es lo que miro?
¿Qué es lo que siento?
Esa es mi hija
claro lo veo,
porque es su rostro
vivo retrato
de la que mi alma
hizo pedazos.

(Húngaros marcando más el baile.)

CORO Y PARTES La, la, la, la,
la, la, la,
la, la, la.

(Bailan todos los húngaros en el furor dinámico de la danza. Los chicos saltan. Los hombres tocan los panderos sobre la cabeza de los chicos, éstos cruzan por entre las piernas de los hombres, pero todo rítmico y simétrico, terminando con un cuadro plástico en me-

dio del bullicio y algazara más espantosa. Terminado el número, bajan el comparsa y el oso y se colocan entre Isabel y José Isabel no quita ojo á Esteban. Miguel fija su mirada en Isabel. Los húngaros, una vez deshecho el cuadro, pasan á la izquierda detras de Juan Miguel con Berta y su pareja.)

Hablado

José — Es un baile muy bonito.
Todos — Muy bien.
Fer. — A mí me ha gustado.
José — Marta, ¿has visto que callado
es el pobre animalito?
J. Mig. — (En el rostro encantador
de esa infeliz criatura
estampó Dios la hermosura
de la que manchó mi honor.)
¡Isabel!
Isabel — ¡Yo soy!
J. Mig. — (Es hecho.)
Quiero hablarte. (Con razón,
al verla, mi corazón
se quiso salir del pecho.)

ESCENA VIII

DICHOS y NICOLÁS. Derecha

Nic. — Oigan todos. Juan Miguel,
va á cumplirse tu destino.
Ese hombre es el asesino
de la madre de Isabel.
J. Mig. — Así pagó su traición
y su brutal felonía.
Ella burló la honra mía
y le partí el corazón.
Yo pude mi honor vengar
tan solo de esta manera,
y si cien vidas tuviera
la volvería á matar.
(A Isabel.)
A tu madre muerte dí

y de ti el perdón ansío.
¡Hija mía! (Abriendo los brazos.)

ISABEL (Arrojándose en brazos de Juan Manuel.)
¡Padre mío!

J. MIG. (A Nicolás, imperioso.)
Ven á arrancarla de aquí.

EST. (Conmovido.)
(Mi hermana. Torpe ilusión.)

J. MIG. Tu maldad nada consigue,
que aunque la ley me castigue
ella me da su perdón.
Abrázame, hija querida.
Santo amor, bendito lazo.
(Juan Miguel abraza á Esteban y á Isabel.)
Los tres en un solo abrazo
renaciendo á nueva vida.

NIC. El pueblo que deshonraste
no da albergue á un asesino.
Puedes seguir tu camino:
bastante daño causaste.
(Volviéndose furioso á los suyos.)
Compañeros, hay que echar
á estos canallas de aquí.

CORO ¡Fuera!
(Avanza un poco hacia Juan Miguel. Esteban intenta arrojarse sobre Nicolás. Juan Miguel los separa bruscamente. Todos se disponen á la lucha, húngaros y montañeses. Juan Miguel saca una pistola y les hace frente. Isabel cae desmayada en los brazos de Esteban.)

J. MIG. El que se acerque á mí
con la vida ha de pagar.

NIC. Este pueblo montañés
de tus iras no hace caso.

J. MIG. El que avance un solo paso,
quedará muerto á mis pies.
(Cuadro á gusto del Director. Fuerte en la orquesta y telón.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Calle corta. Es de día. A la izquierda, y como un metro separada del bastidor una piedra grande verdadera

ESCENA IX

Por la derecha y en el siguiente orden JOSÉ, MARTA, CASIANA y FERMÍN

MAR. ¡Jesús, Jesús, Jesús y Jesús!
CAS. Yo estoy como tonta.
JOSÉ ¡Pero quién se lo podía figurar!
MAR. En mi vida he pasado más miedo que hoy.
FER. ¿Y quién había de imaginarse que tenía que volver después de veinte años?
CAS. ¡Cuándo todos le creíamos muerto!
JOSÉ Lo que á mí me extraña es cómo se ha atrevido á presentarse aquí.
MAR. ¿No teme á la justicia?
FER. La justicia no tiene ya ningún derecho sobre él, porque cuando un criminal no parece hasta después de haber pasado más tiempo del que pudiera habérsele impuesto por castigo de su delito la ley prescribe... y el.. está prescrito.
JOSÉ ¿Sí?
MAR. ¿Y eso qué es?
FER. Que la ley da por cumplida la condena y queda libre.
CAS. Cosas de la ley. Si hubiera sido ella la que hubiera matado no sería así.
FER. La ley es igual para todos.
MAR. Pues yo no estoy conforme con la ley. Si mató, que se le castigue.
JOSÉ ¿Qué sabes tú?
MAR. ¡Matar á una mujer!
CAS. ¡Pobrecita! ¡Era más guapa! El mismo re-

trato de Isabel. Ese pillo la mató... por una tontería.

FER. ¿Por una tontería? ¡Poco á poco! Si tú llamas tontería á engañar á su marido, no sé á que le llamarás tú un delito.

CAS. Si ella faltó, él no debió matarla. Dios puso la vida, pues que Dios se la quite.

FER. Dios puso la vida, pero Dios no puso otras cosas... y ella... ella sí, y cuando el hombre siente... esas cosas... no hay más remedio que matar para quitárselas de encima.

MAR. El obró muy de ligero. Si el culpable hubiera sido él, ella no le hubiera matado.

JOSÉ ¿Luego tú crees que él hizo mal?

MAR. Sí que lo creo.

CAS. ¡Y yo también!

FER. ¡Casiana! (Asombrado.)

JOSÉ ¡Marta! (Idem.)

MAR. Estos ejemplos harán vivir á las mujeres de este pueblo prevenidas contra sus maridos. ¡Hay que defenderse!

CAS. ¡Digo lo mismo!

JOSÉ (Furioso.) Pues si tú me engañaras...

MAR. (Furiosa.) Si yo te engañara... (Con mucha naturalidad.) no te enterarías.

CAS. ¡Ni tú tampoco!

FER. ¿Pero qué es lo que dicen? (Muy asombrado.)

JOSÉ ¡Tú no estás buena! (Idem.)

FER. ¿Pero tú piensas... en... esa tontería?

CAS. Los ojos siempre son niños.

FER. Los ojos... sí, pero lo...

CAS. ¿Pero el qué?

JOSÉ (Llorando comicamente.) ¡Ay, ay! ¡Dios mío de mi vida! ¡Santísima Virgen del Amor Hermoso!

FER. ¡Ay, santa Lutgarda, abogada de la buena leche y buen parto!

JOSÉ ¡Qué desgraciado soy!

FER. ¡Qué desgraciado!

JOSÉ ¡Me... voy con... mi... madre!

FER. ¡Y yo! (Pausa.) ¿Y yo con quien me voy? (Con naturalidad.)

MAR. Pero, borrico, ¿podría yo hacer una cosa semejante? ¿Cabe eso en tu cabeza?

JOSÉ ¡En mi cabeza caben muchas cosas!
CAS. (Compungida.) ¿Tú me crees á mí capaz de semejante disparate?
FER. (Afligido.) ¡Porque ya no puedes!
MAR. (Llorando.) ¡Qué mal hombre!
CAS. (Idem.) ¡Qué hombre más malo!
MAR. ¡Darme ese disgusto!
CAS. ¡Disgustarme de ese modo!
MAR. ¡Sabiendo que estoy en un estado tan... tan interesante! (Llorando.)
CAS. ¡Sabiendo (Idem.) como estoy!
JOSÉ (Llorando de alegría.) ¡Pero, Mar... Mar.. Marta!
FER. (Idem.) ¡Pero, Caca... siana!
JOSÉ / FER. ¿Por fin?
MAR. ¡Ay, ay, ay! ¡Qué des... gra... cia... das somos!
CAS. ¡Ay, ay!

Música

MAR.
Nunca creería
que tú podrías
de esa manera
tratarme á mí.

CAS.
Nunca he creído
que mi marido
á mí me hubiera
tratado así.

MAR. ¡Ay!
CAS. ¡Ay!
MAR. ¡Ay!
LAS DOS ¡Ay!
¡Pobre de mí!
JOSÉ ¡Tú eres mi cielo!
FER Tú mi consuelo.
JOSÉ ¡Por Dios te pido!
FER. ¡No estés así!
JOSÉ ¡Pues de ese modo!
FER. ¡Se aflige todo!
JOSÉ ¡Tu pobre Pepe!
FER. ¡Y tu Fermín!
LOS DOS Ji, ji, ji, ji.
JOSÉ
Cuando el Señor disponga
que nazca lo que nazca,

cogiéndole en mis brazos
le cantaré la nana.

FER. Si lo que tú me dices
resulta la verdad
y saca mis... narices.
¡Jesús qué atrocidad!

JOSÉ (Simulando que tiene un niño en brazos.)
Ya me parece
que lo estoy viendo.

FER. (Idem.)
Ya entre mis brazos
también lo tengo.

JOSÉ Esta carita
tan rebonita
es el retrato
de su mamá.

FER. Estos ojuelos
tan picaruelos
son los ojuelos
de su papá.

CAS. (Como si fuera al niño que figura tener Fermín en los brazos.)
¡Ajito!

MAR. (Idem á Pepe.) ¡Chiquito!
(Llorando como los niños chicos.)

CAS. ¡Precioso!

MAR. ¡Bonito! ¡Monín! ¡Monín!

TODOS Ay, dime, dime, quién te quiere á ti.

JOSÉ Mira, mira cómo mira,
mira que te está mirando.

FER. Mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo.

JOSÉ Será un encanto.

FER. Será un hechizo.

MAR. Me da vergüenza.

CAS. Me ruborizo.

(Fermín en el proscenio derecha y José en el izquierda, frente á frente. Casiana y Marta en el centro. José corre como los chicos detrás de Fermín, que huye de él con mucho trabajo, pues no hay que olvidar que son noventa años. Casiana y Marta se ríen tomando parte, como es natural, en la acción.)

JOSÉ Corre, corre, corre, corre,
corre, corre que te cojo.

FER. En cuantito que me enfades,
yo te voy á hinchar un ojo.

MAR. ¡Ay, que le pilla!
señor Fermín.

FER. Estoy sudando,
vaya un tragín.
Ponte ahí enfrente.
(A José.) Agáchate.
Ven.

JOSÉ A la una.
A las dos, á las tres.
(Da un salto arrojandose sobre Fermín, que cae el suelo al menor soplo.)
¡Ya te he pillao!

FER. ¡Ay! (Cae.)

TODOS (Acercándose.)
¿Qué ha sido eso?

FER. Que estoy cansao
y al agacharme
me he resbalao.
Y me he quedao sentao.

TODOS ¿De lao?

FER. De lao, de lao, de lao.

TODOS (Rodeándole.)
Agáchate
y vuélvete á agachar,
que los agachaditos
saben bailar.

TODOS (Se levantan.)
¡Ay Dios mío de mi vida,
cuándo el día llegará
en que oigamos á los nenes
decir huá, huá!

MAR. Huá.

CAS. Huá.

JOSÉ Huá.

FER. Huá.

TODOS ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!
Hacer huá, huá.

Hablado

CAS. ¡Pero, Dios mío! ¡Yo estoy soñando!

MAR. Pronto veremos nuestro sueño convertido en realidad. ¿Verdad, señor Fermín?

FER. ¡No lo sé, hija mía! Yo hace ya tanto tiempo que duermo tan seguido.

CAS. (Con rubor.) ¡Fermín!

MAR. (Idem.) ¡Pepe!

FER. ¡Casiana!

JOSÉ ¡Marta!

LOS 4 (Suspirando.) ¡Ay!

CAS. Y qué callado lo tenías, mujer. No sabía yo que tan pronto ibas á ser madre.

MAR. ¡Pero si se lo dije á usted esta mañana!

CAS. ¡Pues no me acordaba!

MAR. Ay, estoy loca de alegría.

CAS. ¡Es natural! En ese estado...

MAR. ¡Y mi marido también está como yo!

CAS. ¡Caramba!

JOSE ¿Qué dices? (Asustado poniéndose las manos en el estómago.) ¿Yo?

FER. ¡Sea enhorabuena, chico! Tú ganarás dinero.

JOSÉ ¿Pero qué es lo que dices?

MAR. ¡Que también tú participas de la misma alegría que yo!

JOSÉ ¡Ah! ¡Pues no va diferencia!... ¡Yo mucho más!

MAR. ¡Si yo estoy loca!

CAS. ¿Y de mí... qué opinais?

JOSÉ Que también está usted loca.

CAS. ¿Nos vamos?

FER. ¡Pa luego es tarde!

JOSÉ ¡Cógete de mi brazo! ¡Marta, mira! ¿Será rubio? (Se coge del brazo.)

MAR. Moreno, moreno como tú. (Va á tropezar en la piedra y se detienen.)

JOSE Cuidado .. no tropieces en esa piedra. Levanta el pie. Espera. No lo levantes. La quitaré y será mejor. (José pone la piedra detrás de ellos.) ¡Ajajá! Así no hay miedo.

MAR. Qué bueno eres. (Muy cariñosos y deseando llegar á casa.) ¿Me perdonas?

JOSÉ ¡Tú á mí!

MAR. Tú á mí por lo que te dije antes. Fué una broma. ¿Me perdonas?

JOSÉ ¡Si no te perdonara se enfadaría nuestro hijo!

MAR. ¡Pepe!

JOSÉ ¡Marta! (Mutis izquierda.)

ESCENA X

CASIANA y FERMÍN

Pausa. Casiana y Fermín han contemplado el cuadro anterior con alegría indescriptible

FER. ¡Qué enamorados van! (Pausa.)

CAS. ¡Fermincillo!

FER. ¡Casianilla! Agárrate del brazo. ¡Ajajá! Nosotros también. (Andando hacia la izquierda.) Cuidado... cuidado no tropieces en esa piedra. Levanta el pie. (Casiana intenta levantarlo, pero no puede.)

CAS. (Dice con gazmoñería) ¡Levántamelo tú!

FER. ¿Yo? (Intenta hacerlo y no puede.) ¿Y á mí quién me levanta? ¡La retiraré con el pie! (Lo hace con dificultad.)

CAS. ¿Me perdonas?

FER. ¿El qué? ¿La broma de antes?

CAS. No: otra cosa. ¡Que yo... (Con rubor de ochenta años.) yo... yo no estoy como Marta!

FER. (Furioso, soltándola.) ¿Qué? ¿Luego me has engañado? ¿Era fingido?

CAS. ¿Pues no lo sabes tú mejor que yo? ¡Creí que era una broma?

FER. ¿Una broma? ¿Sí? Pues ahí va la piedra. (Se la pone delante.) ¡Así tropieces y te mates! ¡Embustera!

CAS. ¡Sinvergüenza!

FER. ¡Trapalona! ¡Y yo que me creía...! ¡Vaya usted mucho con Dios! (Mutis izquierda.)

CAS. ¡Muy mal creído! ¡Sin dientes... no se puede comer! ¡Estamos frescos! (Mutis. Fuerte en la orquesta y telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero

ESCENA XI

ISABEL y ESTEBAN

EST. ¡Ay, Isabel! ¡Qué triste sino el nuestro!

ISABEL ¡Verdad, Esteban! Vernos y amarnos y no poder realizar el sueño de nuestras ilusiones. ¡Somos hermanos!

EST. Yo quisiera arrancar de mi alma esta pasión maldita... pero.. no puedo. ¡Sólo me resta un medio!

ISABEL ¿Cuál?

EST. Antes de una hora ha de marchar de aquí la caravana. ¿No es cierto?

ISABEL ¡Sí!

EST. Pues bien: todos seguirán el camino menos yo.

ISABEL ¡Eso no!

EST. No debo privar á mi padre de tus caricias, ni á tí de las suyas. Yo moriré de pena, pero no causaré el menor disgusto á quien me ha dado el ser. Vivir sin amarte no sería vivir. Codiciarte mujer y fingirme hermano sería un crimen, y eso no cabe en mi corazón.

ISABEL ¡No, Esteban, no! ¡Yo soy quien debe quedarse aquí! ¿Por qué yo he de privarte del amor de nuestro padre? Tú tienes más derecho que yo. Creciste á su lado. Mil y mil veces habrá puesto sus labios sobre tu frente con ternura infinita. Yo, aun no he sentido el calor de sus besos. Por razón natural, te ha de querer aun más que á mí.

EST. Es inútil. Tengo ya hecha mi resolución.

ESCENA XII

DICHOS y JUAN MIGUEL tercero izquierda

J. MIG. Así me gusta ver á mis hijos.

ISABEL ¡Padre! (Le abraza.)

EST. ¡Padre mío... padre mío! (Le abraza sollozando.)

J. MIG. (Cariñoso.) ¿Qué es eso, Esteban? ¡Levanta la cabeza! Esas lágrimas, ¿qué son? ¿A qué vienen? ¿No estás contento? (Pausa.) ¡Habla!

EST. ¡Padre.. no puedo... no puedo hablar... no puedo hablar! (Llora.)

J. MIG. Hablaré yo por tí. La experiencia me hace leer el corazón humano y el tuyo mucho más. Amas á Isabel, pero no como hermano, ¿no es eso? ¿Ella es la mujer de quien me hablaste apasionado? Levanta la cabeza y no me engañes, porque eso no te lo perdonaría nunca.

EST. ¡Es cierto, padre mío! Sin saber quién era, me cautivó su hermosura. No podría vivir á su lado sin desearla, y estoy resuelto á abandonar la caravana.

J. MIG. (Mirando á Esteban y luego á Isabel.) ¿Y tú le amas? (A Isabel.)

ISABEL ¡De la misma manera!

J. MIG. De almas honradas es decir la verdad. (Pausa.) Vivir tranquilos. ¡Yo... no tengo más hijos... que Isabel

ISABEL, EST. ¿Qué?

J. MIG. ¡Tú... no lo eres!

ISABEL ¡Padre mío!

EST. Pa...

J MIG. Padre debes llamarme. Ella será tu esposa.

EST (Besándole las manos. Isabel abraza á Juan Miguel.) ¡Padre mío! ¡Padre mío!

J. MIG. Hace veinte años abandoné este pueblo avergonzado por mi deshonra más que por mi delito. Aquí se quedó mi hija querida que era lo único que hubiera endulzado mis amarguras. Fugitivo y errante me incorporé

á unos húngaros que ampararon mis desdichas. Murió el jefe y yo lo fuí nombrado por él mismo, rogándome que velara por su hijo: por tí, pobre huérfano Como á tal te crié. Padre me llamaste un día y sentí estremecer mi corazón. Ese dulce nombre no había sonado nunca en mis oídos Pensé en mi hija: en mi delito: en mi deshonra. Padre, me volviste á llamar. Sentí mis ojos arrasados en lágrimas. Hijo mío, te dije enternecido. Besé tu frente: abrí mis brazos y te acogí en mi seno con infinito amor. ¡He aquí la historia! ¡Amale, Isabel! Amale mucho, porque él es noble y te hará feliz.

ISABEL / EST. } ¡Padre mío!

J. MIG. ¡Aquí mis hijos! (Los abraza.)

ISABEL Y ahora, padre mío, marchémonos de aquí cuanto antes. Marchémonos de este pueblo, donde no encontré más que desprecios de las gentes y un mendrugo de pan, ganado á fuerza de sudor y de trabajo.

J. MIG. Yo también lo deseo. (Suena el toque de oraciones.) Las oraciones. Triste pueblo, donde crecieron nuestras desdichas al par que nuestros cuerpos. (Se arrodilla Isabel. Esteban y Juan Miguel se descubren.) Ya no tardarán nuestros compañeros.

ESCENA XIII

DICHOS, gente del pueblo, que se dirigen á la iglesia por diferentes sitios y que se detienen al ver á Isabel, etc., quedando á la derecha. NICOLAS por la izquierda, con una carta en la mano y muy nervioso (1)

ISABEL ¡Marchémonos ya, padre mío!

J. MIG. Pronto renaceremos á nueva vida.

(1) Pueblo. Pueblo.

Juan Miguel.

Esteban.

Isabel. Nicolás.

NIC. (Saliendo)
¡Juan Miguel! Este papel
de orden del señor alcalde.

J. MIG. Has gastado el tiempo en balde.
Ya sé lo que dice en él:
que el tabanque levantemos
y al punto lo recojamos:
que al pueblo perjudicamos
y en seguida nos marchemos.
Con él te vi decidido
y comprendí tu intención.
Contra un vil y una traición
estoy siempre prevenido.

NIC. Yo fuí á que te perdonaran
y aquí pudieras vivir.

J. MIG. Mentira: fuiste á decir
que de aquí nos arrojaran.
Quisiste un daño causar
y causaste una alegría.

NIC. (Amenazador.)
Tu criminal ironía
no se puede tolerar.
(Nicolás intenta agredir á Juan Miguel. Esteban se arroja sobre él y éste retrocede. Juan Miguel sujeta á Esteban. Movimiento en todos.)

EST ¡Miserable!

ISABEL ¡Esteban!

J. MIG. ¡No!
Hijo, no manches tu mano
con la sangre de un villano.
Despréciale como yo.

NIC. Ya puedes salir de aquí
antes de que te arrojemos.

J. MIG. No te apures: nos iremos,
no por vosotros, por mí.
Ningún noble corazón
debe sentar su guarida
en un pueblo donde anida
la deshonra y la traición.

TODOS ¡Fuera! (Amenazadores.)

J. MIG. Si alguno intentara
dar un paso solamente
hacia mí, tenga presente
que la vida le arrancara.

Música

(La orquesta toca pianísimo recordando el motivo del bailable de los Húngaros del cuadro primero. Sigue la escena recitada con la música hasta el final.)

ESCENA ULTIMA

Van saliendo acompasadamente todos los Húngaros por el siguiente orden: Los cuatro hombres llevando sobre sus hombros envueltos sobre puntales de madera el lienzo negruzco de la tienda de campaña. Los cuatro chicos llevando cada uno á la espalda una caldera grande. BERTA y su pareja llevando del ronzal un borriquillo ó jaquita pequeña, cargada con los yunques, martillos y un lío de colchones viejos. Las cuatro mujeres, dos de ellas sacan todos los panderos del primer cuadro. Otra dos ó tres sillas bajas ó banquetas, rotas y viejas. La otra un cuévano viejo, donde se supone va un niño de pecho. El comparsa, y el oso á cuatro pies. Salen por la izquierda y quedan al foro frente al público, al pie de la rampa, dejando libre el camino de la subida

EST. — Ya vienen.
ISABEL. — Gracias á Dios.
J. MIG. — No hay que perder un instante.
Vosotros, aquí delante,
(Los lleva á la rampa y empiezan á subir.)
y yo tras vosotros dos.
(Suben todos, y al llegar á lo alto y sin que desaparezca ningún personaje se detienen, y Júan Miguel dice con gran solemnidad su parlamento hasta el final de la obra.)
Pueblo que me vió nacer:
cuna de mi desconsuelo:
hoy me alejo de tu suelo
para nunca más volver.
Si la traición de una impía
me hizo alejarme de tí,
hoy van delante de mí
el amor y la alegría.
(Isabel y Estéban se colocan cada uno al lado de Juan Miguel y lo abrazan con filial cariño. Juan Miguel se dirige á Nicolás.)

Ya ha cambiado mi destino.
Ya no soy el vagabundo
que va recorriendo el mundo
llorando su triste sino.
Hoy voy el mundo corriendo
á mis hijos abrazando:
tú quedas aquí, llorando
al ver que yo voy riendo.
Dieron fin las penas mías
y ahora comienzo á vivir.
Yo á gozar, y tú á sufrir
llorando mis alegrías.

(**Fuerte en la orquesta. La comitiva se pone en marcha. Cuadro. Telón lento.**)

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE VENTURA DE LA VEGA

Zarzuelas en un acto:

El licenciado de Villamelón (1). Música del maestro Rando
Los modelos (2). Idem del maestro Sigler.
Jai-Alai (3). Idem del maestro Alvira.
La cuadrilla del cojo. Idem del maestro Sigler.
Cambios naturales. Idem de los maestros Rubio y Lleó.
Toñuela la Golfa. Idem del maestro Rubio.
Don Tancredo (2). Idem del maestro Liñán.
La chiquilla. Idem de los maestros Rubio y Maslloret.
El curita. Idem del maestro Vives.
La huertanica. Idem del maestro Puchades.
La rondeña. Idem del maestro Fuentes.
Inocencia. Idem de los maestros Liñán y Puchades.
El crimen de Chamberí. Idem del maestro Calleja.
La Giralda. Idem del maestro Calleja.
¡Mala semilla! (4). Idem del maestro Porras.
Vida por honra. Idem de los maestros Quislant y Santa María.
La bella molinete. Idem del maestro Calleja.
La presidiaria. Idem del maestro Padilla.
Mala hembra. Idem del maestro Padilla.
Juan Miguel. Idem del maestro Padilla.

Entremeses líricos:

Carranque. Música del maestro Cereceda.
Las buenas mozas del barrio ó chulos del Lavapies. Idem del maestro Cereceda.
¡El pobre cordero...! Idem del maestro Cereceda.

Comedias en un acto:

Los de Badajoz.
La hija de mi papá.
El primer aviso.
¡Pícaros Reyes...! (Entremés).

---

(1) En colaboración con E. Ruiz Valle.
(2) Idem íd. con J. Arqués.
(3) Idem íd. con J. de la Cuesta.
(4) Idem íd. con M. L. Cumbreras.